

Bangladesh: Un país de gente que ama la belleza

Yolanda Sala Báez

Cámara de Traductores, Intérpretes y Filólogos de Bélgica

E-mail: yolandasalabaez@yahoo.com.ar

RESUMEN

Presenta una breve descripción de un país atravesado por la modernidad capitalista. Desde la perspectiva de la Antropología Cultural describe y analiza los cambios ocurridos en el paisaje urbano y rural. Usando la observación y la entrevista nos transmite la palabra y las emociones de los habitantes de Bangladesh.

PALABRAS CLAVE: Bangladesh, ciudad, territorio, Bengala, pobreza, globalización.

ABSTRACT

The author presents a brief description of a country characterized by capitalist modernity at the beginning of the century XXI. From the perspective of Cultural Anthropology she describes and analyzes the changes occurred in the urban and rural landscape. Using observation and interviews she transmits to us the expressions and the emotions of the inhabitants from Bangladesh.

KEY-WORDS: Bangladesh, City, Territory, Bengala, Poverty, Globalization.

Cuando decidí ir a Bangladesh acudieron a mi memoria los relatos que leyerá en mi infancia sobre la mítica Bengala, la del tigre devorador de hombres al que cazaban alhajados rajás montados en inmensos elefantes. Que más tarde, gracias a la televisión norteamericana, también sería la Bengala de los valerosos lanceros que, aliados con los fieles y aristocráticos Sihks, luchaban aguerridos contra las bandas de rebeldes indios que incomprensiblemente se enfrentaban a los nobles británicos porque les impedían continuar con sus infames sacrificios humanos a la diosa Kali.

1 Publicado en *The Daily Star* el 19 de octubre del 2002 en Dacca.

Pero en realidad Bangladesh es la tierra de los pantanos y humedales, surcada por ríos caprichosos y serpenteantes. Esta tierra es fértil y rica, su clima que oscila entre los 28 y los 40 grados propicia el cultivo de múltiples frutas y verduras para su población, mayormente vegetariana.

En el relato de Syed Maqsud Jamil, *The Homecoming*¹, se vislumbra la tragedia de este país rico en naturaleza y en humanidad. Esta nación está poblada por cerca de 134 millones de personas que aman la belleza y la naturaleza y que sin embargo se ven obligadas a vivir en condiciones de miseria intolerables.

Bangladesh tiene 51 millones de trabajadores de los cuales 21 millones son mujeres. Son gentes bellas, de facciones hermosas y elegantes, de ojos y sonrisas que iluminan la vida, que aman el arte y se precian de su hermoso idioma bengalí.

En su bello artículo cuenta Syed Maqsud Jamil algunos episodios de su infancia en una aldea del campo donde la gente construyó sus viviendas, organizó sus vidas y compartió sus vivencias en torno a esa cultura asiática que identifica al aldeano con sus clanes y tribus en un complicado sistema de lealtades, solidaridad, reciprocidad y redistribución que resulta tan difícil de entender en el mundo occidental. Transcurría su vida en bucólica paz en esa tierra fértil hasta que súbitamente las lluvias torrenciales cambiaron el curso del río y las casas, las cuidadas chacras y los caminos pasaron a convertirse en el lecho fangoso de esas aguas marrones que rompen, atrevidas, el paisaje verde y ubérrimo que se ve desde el avión. Esa familia acomodada y agrícola se vio obligada a abandonar su historia, sus raíces y a sumarse a los millones que pueblan Dacca.

Leyéndolo y viendo Dacca me puedo imaginar su agonía. Dacca causa una extraña sensación: no sabemos si estamos ante una ciudad en vías de construcción o en vías de destrucción, sus edificios sucios y maltratados por inclemencias tropicales son posiblemente rezagos de una época comercial algo más próspera.

Cuando nos quitamos esas anteojeras culturales que no nos permiten ver la belleza cuando viene en piel oscura, nos damos cuenta de que la gente de Bangladesh es muy hermosa, espigada, de rasgos nobles y finos; los hombres se visten con coloridas faldas y las mujeres con bellos saris. Su amor a la belleza se refleja en la forma en que las mujeres se maquillan, cómo combinan los colores de sus ropas, sus adornos personales, su gracioso andar. Los rickshaws y los camiones están pintados con mariposas, flores y personajes famosos del teatro, el cine y otras artes.

Miran a los extranjeros con intriga y con sorpresa pero en cuanto esbozas una sonrisa recibes no sólo la alegría de una sonrisa amigable sino un afectuoso saludo con las manos y alguna frase sencilla en inglés que intenta tender un puente entre dos mundos.

Es que Bengala a través de su historia ha tenido dos grandes vocaciones: a) la agricultura que ni siquiera los mongoles con sus inmensos ejércitos alimentados por Bengala pudieron agotar y b) la producción de textiles, especialmente la fina

muselina, que convirtiera a Dacca en importante centro comercial textil antes de la llegada de la temible East India Company que lejos de quedar satisfecha con el monopolio comercial que obtuvo de los gobernantes indios y con la exoneración de impuestos aduaneros de todo tipo, se enfrentó al Nabab de Bengala, Siraj-ud-daulah, en la batalla de Plassey en 1757 y lo derrotó convirtiéndose en la primera empresa privada en gobernar abiertamente un país. Los británicos, con su política de inundar el subcontinente con productos industriales destruyeron la industria textil de Bengala, llegando hasta el extremo de cortarles los pulgares a los tejedores de muselina; ese tejido que según se afirma era tan fino que 50 metros cabían en una caja de fósforos. La tecnología se perdió.

Visitamos fábricas modernas y talleres familiares, visitamos aldeas semi-rurales donde mujeres ataviadas con saris nos aguardaron durante horas para mostrarnos los manteles y otros textiles bordados a mano con singular pericia y sentido armónico. Si le sumamos a esa destreza las malas condiciones de trabajo con luz de lamparín, en un suelo de tierra y robándole horas al trabajo casero y cuidado de la familia, no hay precio que pueda pagar esas obras de arte. Fue un diálogo confuso y no acertamos a averiguar cuánto recibían en pago, supimos que trabajaban 30 horas por lo menos en un mantel pequeño pero no nos quedó claro si cobraban 4 euros, 4 centavos o 40 centavos de euro por cada pieza.

Estas familias medio-viven con un ingreso mensual de 17 euros, que es lo que paga alegremente cualquier europeo por una prenda de vestir fabricada en Bangladesh.

Visitamos dos modernas fábricas en cada uno de cuyos 8 pisos destacaba con orgullo un Código de Conducta en inglés, bellamente enmarcado y correctamente redactado para satisfacer las inquietudes sociales de eventuales inspectores extranjeros. Poco importa que el 80% o más de sus trabajadores no hablen inglés o que sean analfabetos incluso en su hermoso idioma bengalí.

Nos hablaron de sus avanzadas medidas sociales como por ejemplo la guardería donde había unos 12 pequeños; 12 niños para una fábrica que tiene 2,000 trabajadores, más del 70% de los cuales son mujeres jóvenes.

Caminamos unos metros fuera de una de las fábricas y nos internamos por un callejón fangoso muy angosto a cuyos lados se erguían covachitas de barro, con techo de maderas de cajones, o de palmas. Un joven delgado, como todos los bengalíes, nos sonrió y con cariño nos invitó a mirar su vivienda. Limpia en medio del barro, sólo amoblada por un catre y una pequeña fogata de leña sobre la cual se hallaba una tetera negra. En las paredes: nada, en la cama una colcha antigua. ¿Cuántos viven ahí? No lo sabemos, no nos podíamos comunicar con ellos porque en ese grupo social no hablan inglés.

A pesar de la afabilidad casi general de estas personas, había zonas de la ciudad donde sentíamos, casi tocábamos, una atmósfera hostil cuando grandes ojos negros se posaban con avidez y hasta furia en nuestras ropas, nuestras carte-

ras y nuestros zapatos occidentales y me sentí muy mal por vivir como vivo y por tener lo que tengo.

Por la noche, camino a nuestro hotel, pasábamos por el mercado. Delante de cada kiosquito había un cesto grande en el que de día ponen en exhibición sus productos y donde de noche, enroscados como gatos largos y delgados, hombres de edades indefinidas se acomodaban para dormir. Los menos afortunados se tendían en el suelo, uno junto a otro, con sus magros cuerpos color del barro, cuan largos eran, echados en el suelo, sin una manta, echados en el suelo sin una estera siquiera, rodeados de miasmas y echados en el suelo, con su semi-desnudez y su pobreza, echados en el suelo como perros.

Y sin embargo seguía siendo de noche cuando ya empezaban los gritos y los movimientos en el mercado y esta gente digna empezaba nuevamente a buscarse la vida de alguna manera: cargando sacos, alquilando rickshaws que jalaban con bicicletas sobre las cuales nunca se sentaban. Iba el hombre delgado con la yugular latiéndole inmensa por el esfuerzo, llevando en su rickshaw bello y decorado con mariposas y flores, a tres hombres grandes y bien vestidos que a veces, por si fuera poco, llevaban un costal de productos que se veía pesado. Estos jinetes de bicicletas con camisas blancas y faldas de bellos colores avanzaban silenciosos en el tráfico insoportablemente ruidoso e indescriptiblemente caótico de Dacca, atórrándose a veces con los miles de vehículos que se amontonan en ciertas esquinas, surcando avenidas anchas con intrepidez y obedeciendo códigos para nosotros incomprensibles, dirigidos insólitamente tan sólo por policías armados de un pequeño bastoncillo.

Daban las 10 de la noche y estos hombres seguían bregando con sus coloridos rickshaws en esa ciudad cuyo ruido amenaza con dejar sordos a sus habitantes

En una ciudad con más de 12 millones de habitantes que viven en la más grande miseria, vimos en una semana no más de 5 mendigos.

En una semana sólo vimos 3 ancianos, pues en este país la vejez es un raro privilegio, y además es muy relativa.

Incluso en las modernas fábricas que visitamos se veían esos mecanismos inteligentes que propone la sabia reingeniería: bancos sin cojines y sin respaldares para que las mujeres se sientan incómodas y no dejen de trabajar. Trabajos sumamente repetitivos que un cerebro adulto no puede realizar sin fatigarse o distraerse, trabajos que requieren un esfuerzo ocular muy alto en salas con iluminación insuficiente para tal grado de esfuerzo. Supervisores que constantemente se ciernen sobre los trabajadores y les producen angustias.

A pesar de las protestas y afirmaciones de que ya no hay trabajo infantil vimos muchos rostros juveniles, adolescentes, que yo no podía dejar de comparar con el de mi propia hija a los 12 años. Sus manos pequeñas favorecen el trabajo con aguja en la confección, sus cerebros todavía resisten con disciplina el trabajo repetitivo, sus cuerpos que aún no acaban de formarse no exigen la comodidad de un respal-

dar en jornadas de más de 10 horas diarias. Cuando estos jóvenes entran, suponiendo que ya tengan los 14 años que la ley fija como mínimo, podrán rendir bien durante unos seis o quizás siete años antes que necesiten anteojos, desarrollen artritis y comiencen con los tics nerviosos para convertirse en ancianos desechables antes de los 25 años, desechables y fácilmente reemplazables.

Y ellos son los afortunados, los que tienen trabajo en una fábrica, reciben un sueldo a fin de mes, usan un uniforme que proteja sus ropas. Claro que para poder trabajar en esa fábrica han tenido primero que entrar como aprendices y trabajar gratuitamente seis meses (porque tienen que aprender) y otros seis meses con medio sueldo o sin sueldo alguno (porque cometen errores). Pero ¡Ay de la joven que salga embarazada! ¡Y pobre de aquélla que se interese en un sindicato!

Luego atravesamos el río y visitamos un barrio donde proliferan los talleres textiles informales que supuestamente producen para el mercado interno. En pequeños espacios de no más de 2 metros x 2 metros se hallaban los kioscos; en uno había una tarima de madera sobre la cual un hombre joven se inclinaba sobre una máquina de coser antigua, casi en la penumbra pues los edificios apenas se separan entre sí y el sol casi no llega. En otro kiosquito una familia muy joven compartía un plato de comida, en otro una mujer miraba al vacío mientras un bebe dormía pegado a su seno y dos hombres silenciosos se inclinaban sobre las telas que cosían. Detrás de todos ellos había anaqueles llenos de camisas o fardos de telas, o pantalones occidentales. Subimos a una azotea donde un proyecto ha construido una guardería para los hijos de estos trabajadores y visitamos el centro médico construido por un sindicato textil con ayuda de sindicatos europeos. El médico, hábil y capaz, nos dijo que todas las enfermedades que trataba en forma gratuita eran causadas directamente por el hambre y la pobreza.

Empezó a llover cuando volvíamos a Dacca y vi sorprendida a las parejas de muchachos que se abrazaban bajo el paraguas y de chicas que se tomaban con cariño de las manos. Es así su cultura: se tocan, se demuestran afecto, gustan de la cercanía entre seres humanos, son cariñosos y alegres, no temen expresar sus sentimientos, saben disfrutar de pequeñas alegrías.

Cuando nos miran lo hacen penetrantemente, no ven blancos con frecuencia (aunque yo siendo peruana no me considero blanca) y cuando nos miran puede más su sentido de hospitalidad que la sorpresa, nos piden que les tomemos fotos, si acaso se atreven a más nos piden un lapicero para la escuela, nos preguntan de dónde somos.

Regresamos por el río y vimos Dacca de lejos, una ciudad extensa, pobre y en mal estado, con edificios que han visto tiempos mejores, extraños porque sobre edificios vetustos de fachadas fangosas y maltratadas por el monzón o los temporales, se yerguen nuevos pisos de ladrillos inacabados con huecos por ventanas.

Pasamos por barriadas pobrísimas y malolientes detrás de cuyas mamparas de paja o cartón salían mujeres esqueléticas y niños panzones con ojos sin brillo, revo-

loteaban unos cuervos grandes y no se veían ni perros ni gatos. Sin embargo, como si fuera una burla, en el camino de tierra, que olía a miasmas de siglos, yacían enormes tubos para desagüe que tenían tantas capas de polvo sólido encima que tal vez dormían en aquel lugar desde hacía muchos años.

En nuestro recorrido por la ciudad nos señalaron edificios modernos y bellos monumentos, como crema chantilly en un pastel agusanado. El parlamento un edificio ostensiblemente carísimo y rodeado de un foso, evoca un castillo medieval, posiblemente muy lujoso en el interior. Siempre es igual en los países del sur: nuestros parlamentarios sólo asisten a las sesiones donde se aprueban este tipo de obras y sus regios emolumentos.

Viendo los rostros honestos, los pocos mendigos, la pobreza dramática pero incapaz de culpar a otros por sus desdichas, alguien de nuestro grupo dijo: «esto es pobreza digna» y me revolví, no existe la pobreza digna, vivir como sobreviven estas gentes es indigno e indignante porque dice mucho sobre nuestra indiferencia, sobre nuestro facilismo al enjuiciar y al presumir las causas y los culpables sin hacer nada al respecto.

Conocimos a dos jóvenes de típica belleza bengalí, promotoras sindicales y ambas activamente involucradas en el trabajo con mujeres del sector textil. Rani (que significa Reina en bengalí) es huérfana, una joven alegre, desinhibida y con una extraordinaria madurez a sus 20 años. Es capacitadora de otras jóvenes como ella y encuentra en su trabajo una enorme satisfacción. Nos presentó a su jefa, Nazma Akter, presidenta de la Bangladesh Independent Garment Workers Union Federation – BIGUF, de tan sólo 28 años. Ella empezó a trabajar a los nueve años y ahora tiene un bebé de apenas 18 días de nacido. Esta mujer con su serena belleza y una intensa dedicación por su trabajo respondió a mis preguntas: trabaja desde las 9:30 am hasta las 11 pm, seis días por semana y muchas veces los feriados también porque los trabajadores no tienen otro día para ir a buscar, felizmente tiene el apoyo de su esposo que comprende que su trabajo es importante y necesario y siente una gran satisfacción –«somos felices» porque «lo hacemos con amor, nos quieren y reconocen nuestra labor».

Pensé en esa gran diferencia entre nuestras culturas del sur y las del norte, pensé que nosotros, no sólo sentimos con el corazón sino que también pensamos con el corazón y por eso no logramos esa fría y planificada eficiencia que les permite a los europeos pensar a largo plazo. Claro que a nosotros la tarea se nos dificulta aún más porque todos los días recibimos cachetadas morales, físicas, espirituales, por la tv por los diarios, en la radio.

«Tenemos muchos problemas», nos dijo con sus ojos serios y grandes, «pero al menos estamos haciendo algo».

Y viéndola luego en una mesa redonda, argumentando valientemente en pro de las trabajadoras ante las autoridades del gobierno y los representantes de los empresarios, pensé en el coraje de la mujer, en esa pasión generosa y desprendida

que permite que la humanidad no pierda la brújula. Y sentí una enorme admiración porque sé lo difícil e ingrato que ese trabajo puede ser. Hay que sentir mucho amor para seguir en la brega y esa joven ve mucho más que nosotros y escucha mucho mejor que nosotros.

También pude conversar con Kamrul Alam, dirigente sindical textil nacido en 1948 en Dacca. Él empezó a trabajar en 1966 y ha sido secretario sindical durante 14 años. Cuando empezó a trabajar las jornadas eran de sólo 8 horas diarias y el 99% de los trabajadores eran hombres.

Entre 1971 y 1975, nos cuenta, los trabajadores textiles gozaron de las mejores condiciones de trabajo, sueldos dignos, comida, asignaciones para vivienda, servicios médicos, etc. Entre 1975 y 1990 todo se deterioró, hubo el gobierno militar y los trabajadores perdieron sus derechos laborales. En 1991 hubo elecciones pero los trabajadores no han recuperado los derechos que tenían en 1971. Cuando le pregunté qué opinaba sobre la globalización su respuesta fue tajante: «es un desastre, nuestras fábricas quebraron o fueron compradas para luego cerrarlas, 77 fábricas fueron nacionalizadas entre 1971 y 1975, hoy sólo quedan 12 y en ellas los trabajadores han estado trabajando hasta 9 meses sin salarios. No podemos competir contra los estándares de Hi Tech y Hi Quality». Cuando le pregunté como veía el futuro su respuesta fue «irá de oscuro a negro» cree que «si la industria textil nacional tuviera protección tendrían una esperanza porque el trabajador bengalí es hábil».

Kamrul Alam considera que los consumidores europeos pueden ayudar a los trabajadores de Bangladesh exigiendo que se cumplan cabalmente las normas básicas de la OIT y estando dispuestos a pagar precios justos por los productos de ese hermoso país.

Sin embargo tanta pobreza, tanta miseria engendra lógicamente violencia. Todos los días los diarios reportaban asesinatos, violaciones por grupos de «terroristas» a mujeres de aldeas aisladas. Invariablemente los asesinatos de dirigentes de los partidos opositores se atribuían a «pleitos internos de sus organizaciones políticas». Y la violencia urbana no es menor: dos miembros del consejo municipal han sido asesinados a plena luz del día. El partido gobernante acusa de corrupción al partido gobernante anterior y viceversa, organismos de derechos humanos hablan de una probable limpieza étnica detrás de las abundantes violaciones de mujeres que viven en aldeas donde se practican religiones animistas y cultos ancestrales.

En una semana es imposible intentar comprender este país tan rico en humanidad y tan complejo pero hay algo que suscita respeto: los índices de fertilidad y de analfabetismo han disminuido, esto demuestra un esfuerzo consciente de un pueblo que quiere un mundo mejor.

Cada año emigran miles de estos hombres pequeños, gráciles y esforzados para trabajar intensamente en el Golfo Pérsico y traer dinero a casa, pero siempre vuelven.

Se afanan por aprender inglés pero se ufanan de su bello idioma, son herederos de poetas como Tagore, su amor por su lengua los forjó en nación y la Unesco reconoció su lucha milenaria declarando el día del idioma nativo en homenaje a Bangladesh.

Al irme de Bangladesh sentí que en pocos días yo también había envejecido pero sabiendo que hay gente como Nazma y como Rani presiento que algo va a cambiar y les deseo mucha suerte y mucha fuerza.

Octubre de 2002